

LA LEYENDA
DE LAS
MAREAS MANSAS



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

1.ª edición: septiembre de 2023

2.ª edición: septiembre de 2023

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© de los textos: Irene Vallejo, 2015, 2023

© de las ilustraciones: Lina Vila, 2015, 2023

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch, Literary Agency

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-76-0

Depósito legal: M-17.993-2023

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad



IRENE VALLEJO

LA LEYENDA DE LAS MAREAS MANSAS

Basada en la fábula
de Ceix y Alcíone de
las *Metamorfosis* de Ovidio

Ilustraciones de Lina Vila

 Siruela

Las Tres Edades

ÍNDICE

CAPÍTULO I
Los cazadores de nubes 11

CAPÍTULO II
Hambre de aventuras 19

CAPÍTULO III
La ola de la muerte 24

CAPÍTULO IV
En el palacio del sueño 33

CAPÍTULO V
El anillo mágico 46

CAPÍTULO VI
Días alciónicos 53







CAPÍTULO I

LOS CAZADORES DE NUBES

Si te acercas a la costa en una clara mañana de diciembre, cuando reina en el mar una calma que parece mágica, algún anciano sabio te hablará de los días alciónicos, la paz en medio de las tempestades. «¿No conoces la leyenda de las mareas mansas?», te preguntará, y empezará a contarte esta historia de prodigios, peligro y ausencias.

Ceix era hijo de la Estrella de la Mañana. Alcíone era la hija del Viento. Vivían en una ciudad a orillas del mar, con un puerto de nombre tan antiguo que ya se ha olvidado.

Ceix y Alcíone paseaban descalzos por las playas al llegar la tarde, dejando que las olas suaves mojasen sus tobillos. Entonces, Alcíone, la hija del Viento, solía entonar un canto extraño que empezaba como el zureo de una paloma y poco a poco se convertía en un sonido de cristal. Era una melodía tan bella que hasta las aves marinas parecían bailar al son mientras brincaban en busca de alimento por la arena caliente.





Cuando anohecía, se sentaban juntos al borde de una escollera, balanceando los pies sobre el agua oscura que acunaba las estrellas. Les divertía contarse lo que habían soñado por la noche.

Una vez Alcíone dijo:

—He soñado que volábamos sobre esta playa en alas de mi padre el Viento. Al vernos pasar, la luna llena nos decía: «Venid conmigo a cazar nubes».

—¡Qué chica tan extraña eres! ¿Quieres que seamos cazadores de nubes? —preguntó el joven Ceix.

—Me gustan las nubes. Míralas allá arriba. Hace un instante parecían grandes pájaros y ahora son cabezas de caballo.

—Las nubes cambian y también nosotros cambiaremos —dijo Ceix, con la mirada fija en la línea añil del horizonte—. Me gustaría saber cómo será nuestra vida dentro de unos años. ¿Dónde estaremos? ¿Qué haremos? ¿Conocerán nuestro nombre las gentes de países lejanos?

—He oído hablar de un lugar donde podrías encontrar la respuesta a todas esas preguntas —contestó Alcíone.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó el joven Ceix con curiosidad.

—El oráculo —fue la misteriosa respuesta de Alcíone—. Los mercaderes del puerto me han hablado de una

cueva al pie de una montaña al otro lado del mar, donde brota un manantial mágico y crece un bosque de laureles. Según dicen, allí habita una sabia mujer que conoce el futuro y nunca se equivoca.

—Viajaré al oráculo —dijo Ceix. En sus ojos nocturnos brillaba la luz de su madre, la Estrella de la Mañana.

Entonces, Alcíone sintió miedo.

—Es una navegación muy peligrosa, Ceix —le advirtió—. Pocos han vuelto con vida.

Pero Ceix ya no escuchaba. Se había apoderado de él la fiebre del viaje.

